

A black and white photograph of a man in a suit and glasses, looking down with his hand on his forehead. The man has short, dark hair and is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. He is looking down and to the left, with his right hand resting on his forehead. The background is a textured, light-colored wall.

James Joyce

EPIFANÍAS

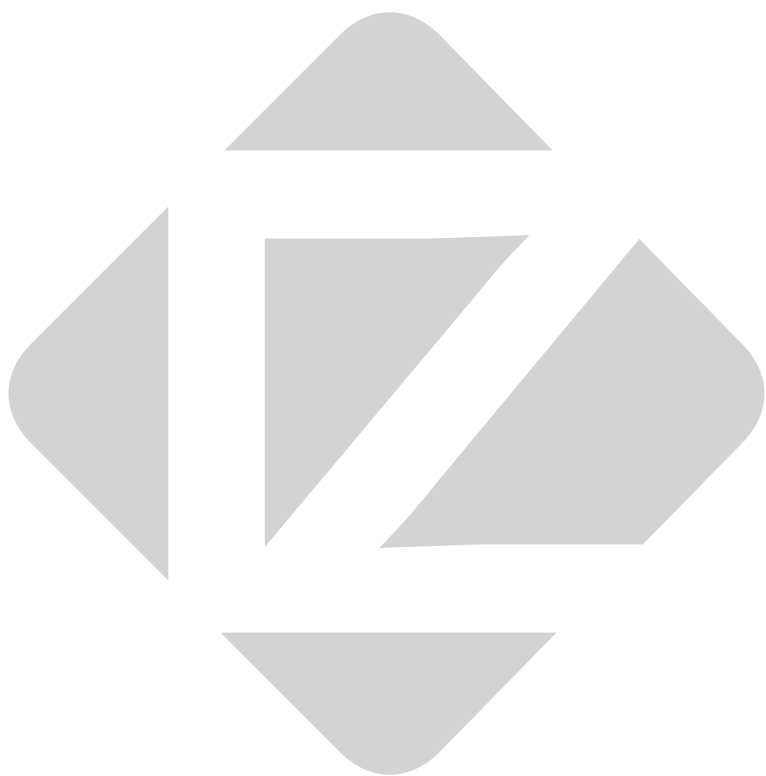
Prólogo y notas de Carlos Gamarro

Traducción de Marcelo Zabaloy

INTERZONA

EPIFANÍAS





James Joyce

EPIFANÍAS



Prólogo y notas de Carlos Gamarro
Traducción de Marcelo Zabaloy

INTERZONA

INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

Joyce, James

Epifanías / James Joyce ; Prólogo de Carlos Gamerro. - 1a edición bilingüe
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

128 p. ; 18 x 12 cm.

Edición bilingüe : Español ; Inglés.

Traducción de: Marcelo Zabaloy.

ISBN 978-987-790-103-0

1. Literatura Irlandesa. 2. Literatura. I. Gamerro, Carlos, prolog. II. Zabaloy, Marcelo, trad. III. Título.

CDD Ir82o

© del prólogo y las notas, Carlos Gamerro, 2024.

© de la traducción, Marcelo Zabaloy, 2024.

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición integral: Fátima Nieves García

Prólogo y notas: Carlos Gamerro

Traducción: Marcelo Zabaloy

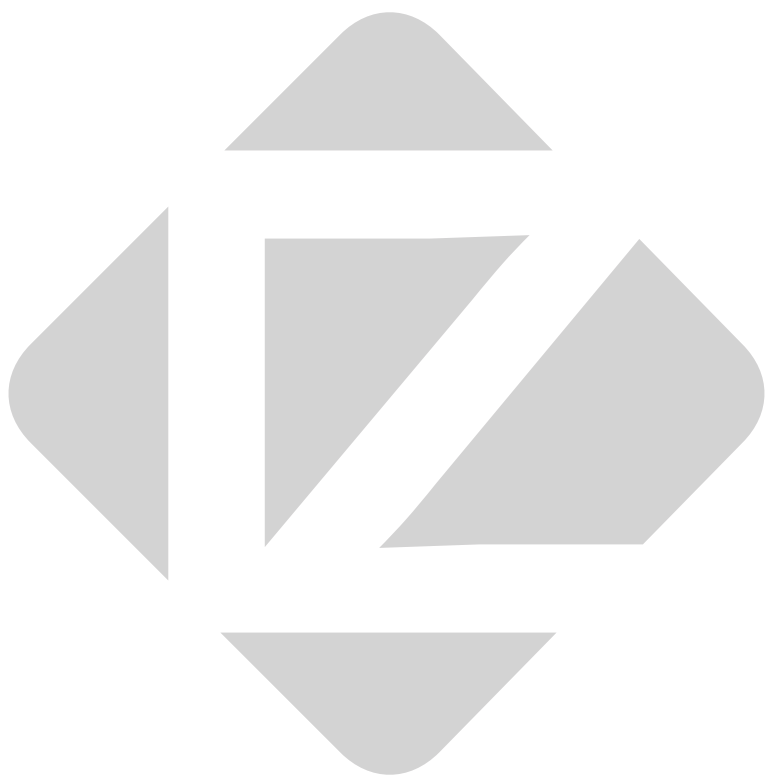
Corrección: Mónica Campos

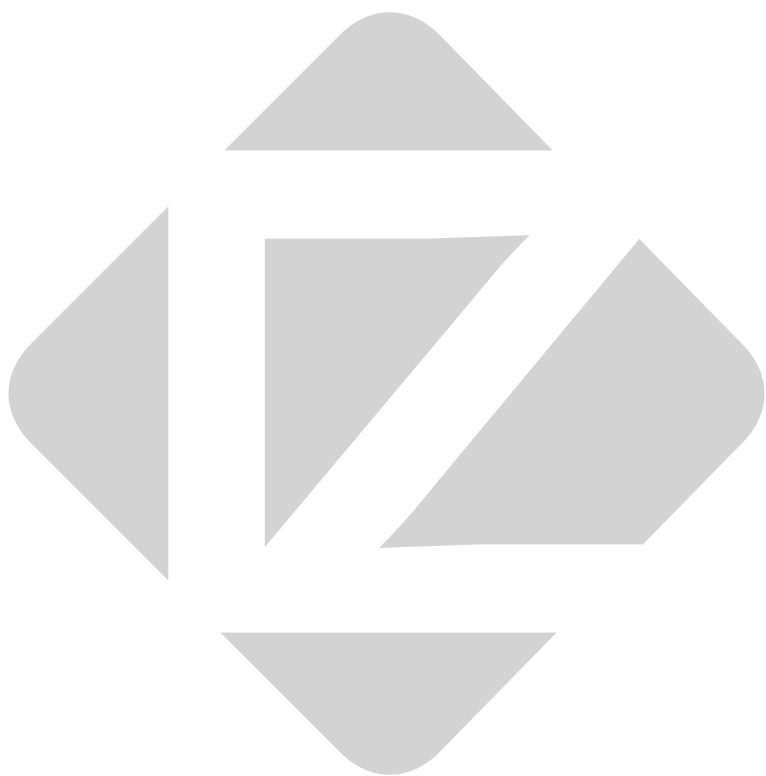
ISBN 978-987-790-103-0

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.





PRÓLOGO

LA EPIFANÍA COMO EXPERIENCIA

Las epifanías son mencionadas por primera vez en la obra de James Joyce en su novela *Stephen Hero* (*Stephen el héroe*), una primera versión de lo que eventualmente sería *Retrato del artista adolescente*, escrita entre 1904 y 1906 y, según cuenta la leyenda, arrojada al fuego por el autor tras ser rechazada por al menos veinte editores; rescatada por la siempre fiel señora Joyce, sobrevivieron 383 de las aproximadamente 900 páginas del manuscrito, que tal cual lo conocemos comienza en medio del capítulo xv. La referencia a las epifanías ocurre en el xxiii:

Por epifanía él quería decir una súbita manifestación espiritual, ya sea en la vulgaridad del habla o del gesto o en una fase memorable de la mente en sí. Creía que al hombre de letras le correspondía registrar estas epifanías con extremo cuidado, viendo que constituyen en sí mismas los momentos más delicados y evanescentes.¹

1. Joyce J. *Stephen Hero*. London, Grafton, 1986. Todas las citas de *Stephen Hero*, traducidas por Marcelo Zabaloy, corresponden a esta edición.

El ejemplo que da lugar a esta definición es una conversación banal entre un muchacho y una joven que Stephen escucha al pasar y que sin duda podría encuadrarse en la categoría “vulgaridad del habla o del gesto”. Cualquier momento, cualquier objeto, por feo, trivial o insignificante que sea, tiene potencial epifánico, es pasible de ser epifanizado:

Le dijo a Cranly que el reloj de la Oficina del Balasto era capaz de una epifanía. Cranly interrogó al dial inescrutable de la Oficina del Balasto con su cara no menos inescrutable: –Sí, dijo Stephen. Voy a pasar frente a él una y otra vez, lo voy a aludir, me voy a referir a él, voy a echarle una mirada. Es solo un ítem en el catálogo del mobiliario callejero de Dublín. Después, de repente, lo veo y sé instantáneamente lo que es: una epifanía. [...]. Imagina mis miradas a ese reloj como los tanteos de un ojo espiritual que trata de ajustar su visión a un foco exacto. El momento en que se alcanza el foco el objeto es epifanizado.

En buena medida gracias a Joyce, la palabra “epifanía” ha pasado del vocabulario religioso al estético, y de este al de la vida cotidiana: las epifanías de la experiencia son, sobre todo “momentos epifánicos”, esas pequeñas revelaciones en las que de repente, de modo aparentemente espontáneo, “vemos” a la otra persona, la situación en la que estamos metidos, a nosotros mismos; los vemos como por primera vez, inundados de un sentido hasta entonces insospechado o

escondido. El término se extiende a veces a las revelaciones que experimentan inventores o científicos: el “¡Eureka!” de Arquímedes en la bañera, la manzana que cae sobre la cabeza de Newton. Pero este uso nos aleja, más que acercarnos, a los momentos “delicados y evanescentes” de los que habla Stephen. La epifanía joyceana no es un descubrimiento que cambia la historia de la humanidad. A veces ni siquiera cambia la vida del individuo que la experimenta. Pero no por eso deja de ser significativa.

EPIFANÍA Y CREACIÓN ESTÉTICA

Lo que Stephen le explicará a continuación a su amigo Cranly es cómo el “hombre de letras” registra estos momentos, los separa del flujo temporal y de su contexto inmediato, y los trabaja y elabora para convertirlos en objetos artísticos, logrando así comunicar a otros su experiencia. Su explicación toma la forma de una pormenorizada glosa de una cita adaptada de Santo Tomás, “las tres cosas que se requieren para la belleza son: integridad, simetría y esplendor”.²

2. Así en *Retrato del artista adolescente*: “*Ad pulchritudinem tria requiruntur, integritas, consonantia, claritas*”. La cita original de Santo Tomás, en *Summa Theologica*, I, q. 39, a. 8, corp., se lee así: “*ad pulchritudinem tria requiruntur. Primo quidem, integritas sive perfectio, quae enim diminuta sunt, hoc ipso turpia sunt. Et debita proportio sive consonantia. Et iterum claritas, unde quae habent colorem nitidum, pulchra esse dicuntur*”. (“Pues para la belleza se requiere lo siguiente: primero, integridad o perfección, pues lo inacabado, por ser inacabado, es feo. También se requiere la debida proporción o armonía. Por último, se precisa la claridad, de ahí que lo que tiene nitidez de color sea llamado bello”).

Comienza Stephen:

Considera el funcionamiento de tu mente al confrontarse con cualquier objeto, hipotéticamente bello. Para aprehender ese objeto tu mente divide el universo entero en dos partes, el objeto, y el vacío que no es el objeto. Para aprehenderlo debes separarlo de todo lo demás; y luego percibes que es una cosa íntegra, que *es* una cosa. Reconoces su integridad. [...]. Esa es la primera cualidad de la belleza; se declara en una simple síntesis repentina de la facultad que aprehende.

La primera tarea del artista, la tarea previa a la ejecución de la obra, es la de selección; dicho del modo más simple, el artista debe elegir qué entra en su obra y qué queda fuera: lo que en la pintura realiza el marco y en la fotografía el encuadre. Parece fácil, pero para un artista como Joyce, que aspiraba a incluirlo *todo*, bien podía tratarse de su momento más difícil. Joyce resuelve magistralmente el dilema en *Ulises*: su marco es extremadamente restringido, un solo día, el 16 de junio de 1904, en la vida de tres personajes principales, y algunos secundarios, en la ciudad de Dublín: pero dentro de ese día va a contar *todo* lo que sus personajes hacen, minuto a minuto, incluyendo sus actos más nimios (ya no hay actos nimios), sus pensamientos más triviales, sus fantasías más extremas y, en el infinito capítulo 15, “Circe”, hasta el correlato inconsciente de sus vivencias diurnas –los sueños propiamente dichos quedarán para la larga noche del *Finnegans Wake*–.

Prosigue Stephen:

¿Después qué? Después análisis. La mente considera el objeto en todo y en parte; en relación consigo mismo y con otros objetos, examina el equilibrio de sus partes, contempla la forma del objeto, atraviesa cada rincón de la estructura. Así la mente recibe la impresión de la simetría del objeto. La mente reconoce que el objeto es, en el sentido estricto de la palabra, una *cosa*, una entidad definitivamente constituida.

El siguiente paso, una vez que el artista ha seleccionado el objeto, el momento, el fragmento de realidad que ha decidido representar, es transformarlo de *una* cosa en una *cosa*. Esta es la etapa propiamente compositiva: dentro de los límites que se ha fijado, con los elementos que ha incluido, el pintor equilibra las masas, distribuye los colores, despliega las simetrías; el escritor elige las palabras, armoniza los sonidos, arma las frases, los párrafos, la secuencia narrativa. Y después:

Ahora respecto de la tercera cualidad. Durante mucho tiempo no podía entender lo que Aquino quería decir. Usa una palabra figurativa (algo muy inusual en él) pero lo he resuelto. *Claritas* es *quidditas*. Después del análisis que descubre la segunda cualidad la mente hace la única síntesis lógicamente posible y descubre la tercera cualidad. Este es el momento que yo llamo epifanía. Primero reconocemos que el objeto es *una* cosa íntegra, después reconocemos que es una estructura compuesta, en efecto una

cosa; finalmente, cuando la relación de las partes es exquisita, cuando las partes se ajustan al punto especial, reconocemos que es *esa* cosa que es. Su alma, su quid, salta hacia nosotros desde las vestimentas de su apariencia. El alma del objeto más común, cuando su estructura está ajustada de tal modo, se nos revela en su esplendor. El objeto alcanza su epifanía.

El tercero y último es el momento propiamente epifánico: desde el punto de vista del artista, no hay mucho más que hacer: si el trabajo formal ha sido realizado, la epifanía debería suceder; la epifanía se convierte, más que en un tercer momento creativo, en el criterio por el cual el artista juzga si su tarea ha tenido éxito o no. La epifanía sucede o no sucede: si no sucede, el artista ha fracasado.

El momento epifánico es, también, el momento en que el arte triunfa sobre la realidad: al contemplar, por ejemplo, cualquiera de los cuadros de zapatos usados de Van Gogh, uno siente inmediatamente “*eso* es un zapato”; más, incluso, que ante cualquier zapato real: separados de su contexto, esencializados, atenuado lo superfluo, resaltado lo definitorio, cada trazo realizando no solo el aspecto del objeto, sino también el mundo del que viene, su historia, el pie que le ha dado forma, el alma del zapato irradia desde el cuadro hasta la nuestra. La trivialidad del objeto elegido, su aparente insignificancia, en el caso de las epifanías de Joyce, los zapatos de Van Gogh, no es un rasgo circunstancial, un capricho del artista minimalista: son justamente

los objetos carentes de belleza o significado intrínsecos los que mejor se prestan al trabajo epifánico: una conversación trivial, una hoja caída en el barro, una balde de plástico que la luz del sol vuelve traslúcido, el reloj de la Oficina del Balasto de Dublín son más epifanizables que magníficos discursos o diálogos dramáticos, que objetos o situaciones convencionalmente bellos o grandiosos como una corona enjorada o una puesta de sol o un paisaje alpino.

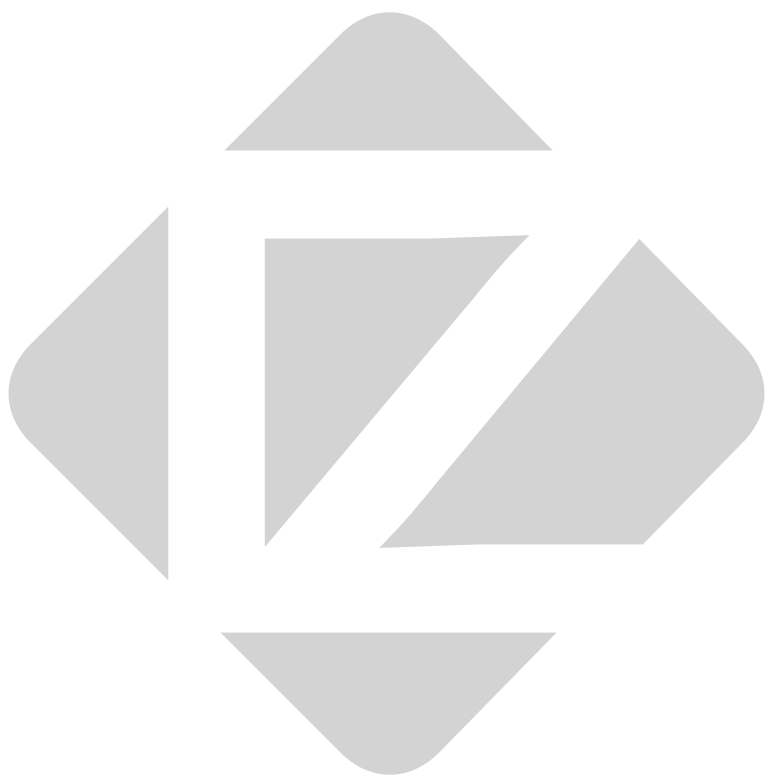
La exposición de Stephen reaparece, con un nuevo interlocutor, su amigo Lynch, y algunas modificaciones, en *Retrato del artista adolescente*. La más significativa, desde nuestro punto de vista, es que en esta novela no aparece la palabra “epifanía”: la teoría estética de Stephen deja de ser entonces una receta para escribir epifanías y puede aplicarse a obras de mayor envergadura: el cuento y la novela. Esto puede deberse a que en el tiempo que media entre *Stephen el héroe* y el *Retrato* Joyce escribió los cuentos de *Dublineses*, en los cuales la epifanía no se manifiesta como fragmento textual pero sí como principio estructurador del relato entero. Ampliando aún más el foco, puede pensarse que las fases de la aprehensión estética y de la creación estética que detalla Stephen valen para todas las artes: es significativo, en ese sentido, que al hablar de la *integritas* en el *Retrato* agregue: “una imagen estética se nos presenta ya en el espacio o ya en el tiempo. Lo que es perceptible por el oído se nos presenta en el tiempo; lo visible, en el espacio”, abarcando así ya no solo la literatura, sino las artes plásticas y la música.

ellos para su diario. La historia es una invención impúdica. Salvo en el caso de una epifanía que tenía que ver con Skeffington, los temas de las notas nunca eran personas de alguna importancia, y ninguno de esos hombres que conoció más tarde fueron mencionados en la colección. Es más, Jim nunca en su vida llevó un diario. El hábito monótono era mío, y lo he llevado porque lo empecé, como otras personas fuman cigarrillos. (Considero que mi manía es menos dañina). Ni había razón de citar a Burns:

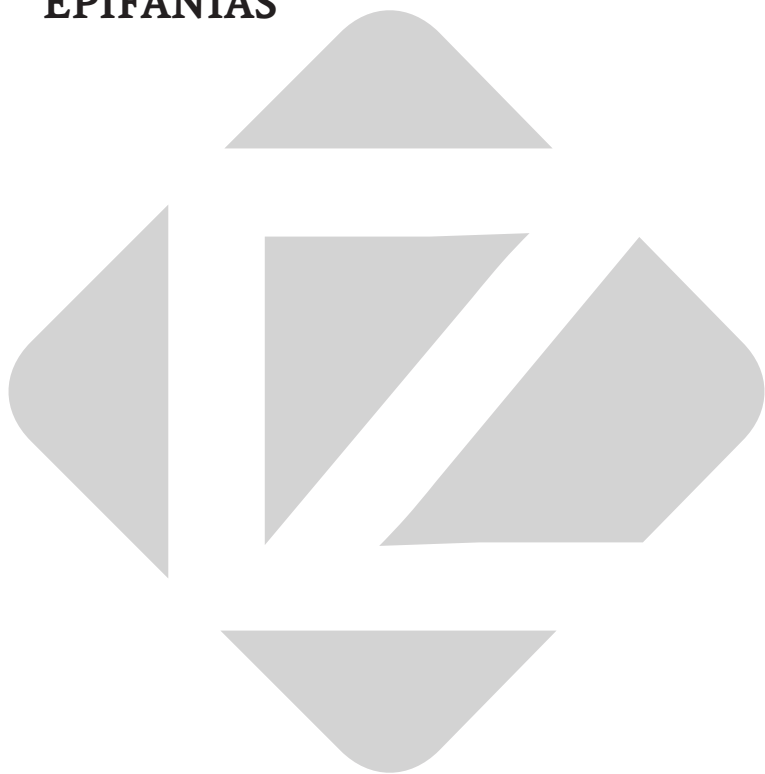
Si en tus capas hubiese un agujero,
sugiero que le prestes atención;
un mocoso de entre ustedes toma notas,
y seguro que termina en impresión.

El propósito de mi hermano era diferente y su ángulo de visión nuevo. La revelación y la importancia del subconsciente habían captado su interés. Las epifanías se volvieron a menudo más subjetivas e incluían sueños que él consideraba de alguna manera reveladores.

Algunas de estas epifanías las introdujo aquí y allá en *El retrato del artista* donde la ocasión se presentaba y algunas en su diario imaginario al final. Las otras no las consideraba de suficiente interés como para conservarlas; pero yo no compartía su opinión, y he conservado varias de estas.



EPIFANÍAS



I

[Bray: in the parlour of the house in Martello Terrace]

Mr Vance (*comes in with a stick*): . . . O, you know, he'll have to apologise, Mrs Joyce.

Mrs Joyce: O yes . . . Do you hear that, Jim?

Mr Vance: Or else—if he doesn't—the eagles'll come and pull out his eyes.

Mrs Joyce: O, but I'm sure he will apologise.

Joyce (*under the table, to himself*):

Pull out his eyes,
Apologise,
Apologise,
Pull out his eyes.

Apologise,
Pull out his eyes,
Pull out his eyes,
Apologise.

[Bray: en el vestíbulo de la casa en Martello Terrace]

Mr. Vance (*viene con una vara*): . . . Oh, ya sabe, Mrs. Joyce, él tendrá que disculparse.

Mrs. Joyce: Oh sí . . . ¿Oíste eso, Jim?

Mr. Vance: O de lo contrario –si no lo hace– las águilas vendrán y los ojos le arrancarán.

Mrs. Joyce: Oh, pero estoy segura de que se disculpará.

Joyce (*debajo de la mesa, para sí mismo*):

Los ojos arrancarán,
disculpará,
disculpará,
Los ojos arrancarán.

Disculpará,
los ojos arrancarán,
los ojos arrancarán,
disculpará.²¹

21. Esta epifanía cierra el primer episodio de *Retrato del artista adolescente*, en el cual se presentan en forma discontinua distintas impresiones y situaciones en la vida y la conciencia del pequeño Stephen Dedalus. En el *Retrato*, la institutriz Mrs. Riordan (Dante) reemplaza a Mr. Vance. La figura o fantasía de la ceguera como castigo por las faltas o los pecados recorre toda la obra (y la vida) de Joyce.

II

No school tomorrow: it is Saturday night in winter: I sit by the fire. Soon they will be returning with provisions, meat and vegetables, tea and bread and butter, and white pudding that makes a noise on the pan I sit reading a story of Alsace, turning over the yellow pages, watching the men and women in their strange dresses. It pleases me to read of their ways; through them I seem to touch the life of a land beyond them to enter into communion with the German people. Dearest illusion, friend of my youth! In him I have imaged myself. Our lives are still sacred in their intimate sympathies. I am with him at night when he reads the books of the philosophers or some tale of ancient times. I am with him when he wanders alone or with one whom he has never seen, that young girl who puts around him arms that have no malice in them, offering her simple, abundant love, hearing and answering his soul he knows not how.

Mañana no hay escuela; es sábado a la noche en invierno; me siento junto al fuego. Pronto regresarán con provisiones, carne y vegetales, té y pan y manteca, y la morcilla blanca que hace un ruido en la sartén estoy sentado leyendo un cuento de Alsacia, hojeando las páginas amarillas, mirando los hombres y las mujeres con sus vestidos extraños. Me agrada leer sobre sus costumbres; a través de ellos me parece tocar la vida de una tierra más allá de ellos para entrar en comunión con el pueblo alemán. ¡Querida ilusión, amiga de mi juventud! En él me he imaginado. Nuestras vidas todavía son sagradas en sus íntimas simpatías. Estoy con él de noche cuando lee los libros de los filósofos o algún cuento de tiempos antiguos. Estoy con él cuando deambula solo o con una que nunca ha visto, esa muchacha que le pone sobre los hombros unos brazos que no tienen malicia, ofreciendo su amor sencillo, abundante, oyendo y respondiéndole a su alma no sabe cómo.